



LA PERSONA DE JESUCRISTO

Esta sección explica acerca de las dos naturalezas de Jesús, la forma en la que es completamente Dios y completamente ser humano a la vez, además menciona los errores doctrinales que rodean la enseñanza.

La Persona de Jesucristo

Jesucristo es verdadero Dios

La pregunta más importante que tiene que responder una persona en esta vida, es ¿Quién es Jesucristo? El bienestar eterno de la persona depende de lo que crea respecto de Jesús. Juan escribe: “El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios” (Jn. 3:18). ¿Quién es Jesucristo? La Biblia dice muy claramente que Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre. En primer lugar, Jesús es Dios el Hijo, engendrado del Padre desde la eternidad. Creemos esto porque la Biblia nos da de Jesús: *los nombres divinos, las obras divinas, los atributos divinos, y la honra divina.*

La Biblia llama Dios a Jesús. Los profetas del Antiguo Testamento lo llamaron Dios. Isaías predijo el nacimiento virginal de “Emmanuel” –Dios con nosotros (Is. 7:14; Mt. 1:23). Isaías llamó a Jesús el “Dios todopoderoso” (en hebreo *El Gibbor*) (Is. 9:6); en el capítulo siguiente, Isaías usa el mismo nombre para describir al único Dios que existe (Is. 10:21). Así, es claro que Jesús es verdadero Dios. Jeremías dijo que el Mesías, nacido de la línea de David, es Jehová mismo (Jer. 23:4,56). El nombre Jehová se usa siempre en la Biblia para referirse solo al verdadero Dios. Como el Mesías es llamado Jehová, eso significa que él es verdadero Dios.

Jesús afirma que él es Jehová. Cuando Dios le apareció a Moisés, le dijo que su nombre es “YO SOY EL QUE SOY” (Jehová en Hebreo-Éx. 3:14). Cuando Jesús les habló a los judíos que se oponían a él, les dijo: “Antes de que Abraham naciera, ¡yo soy!” (Jn. 8:58). Los judíos sabían que Jesús les estaba diciendo que era Jehová, por eso recogieron piedras para lapidarlo por blasfemia, porque afirmó que era Dios. En otra ocasión, Jesús aseveró que él es Dios, cuando dijo: En otra ocasión, Jesús aseveró que él es Dios, cuando dijo: “Yo y el Padre uno somos” (Jn. 10:30). En el Antiguo Testamento, Dios envió a Moisés a proclamar: “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es.” (Dt. 6:4). Cuando Jesús dice que él y el Padre son uno, afirma que él es Dios. También esta vez, sus enemigos recogieron piedras para lapidarlo. Jesús les preguntó: “Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis?” Ellos respondieron: “Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios” (Jn. 10:32,33). Es interesante notar que los críticos modernos de los evangelios dicen que Jesús nunca afirmó que era Dios, pero los enemigos de Jesús querían apedrearlo precisamente porque afirmó que era Dios.

Los apóstoles afirmaron que Jesús es Dios. Juan escribió su evangelio para demostrar que Jesús es Dios; comenzó afirmando que Jesús es Dios, escribió: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios” (Jn. 1:1). Es obvio el paralelo con lo que escribió Moisés en Génesis 1:1: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra”. Después escribió: “Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el

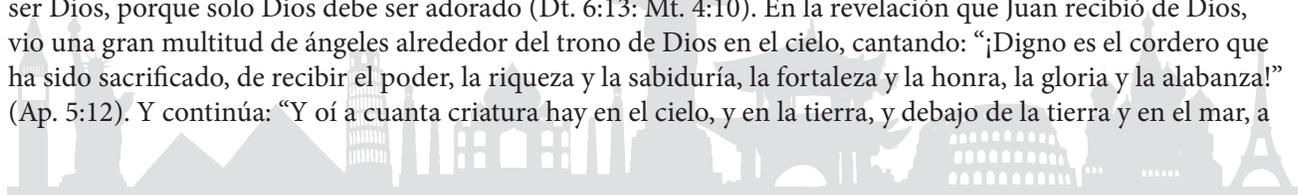
Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre” (Jn. 20:30,31). Juan, inspirado por el Espíritu Santo, afirma que Jesús es Dios.

El apóstol Pedro también afirmó que Jesús es Dios. Cuando Jesús les preguntó a los discípulos: “¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?” (Mt. 16:13), Pedro respondió: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mt. 16:16). El apóstol Tomás afirmó que Jesús es Dios; cuando Jesús apareció a él después de la resurrección, Tomás exclamó: “¡Señor mío y Dios mío!” (Jn. 20:28). El apóstol Pablo afirma en muchos lugares que Jesús es Dios: les escribió a los cristianos de Roma, sobre Jesús: “que, según la naturaleza humana, era descendiente de David, pero que según el Espíritu de santidad fue designado con poder Hijo de Dios por la resurrección. Él es Jesucristo nuestro Señor” (Ro. 1:3,4). Cuando un error de tipo gnóstico (que enseñaba que una multiplicidad de seres divinos componía la “plenitud de Dios”) amenazó la fe los colosenses, Pablo lo demolió afirmando: que “Toda la plenitud de la divinidad habita en forma corporal en Cristo” (Col. 2:9). El escritor de Hebreos afirma la divinidad de Cristo cuando declara: “El Hijo es el resplandor de la gloria de Dios, la fiel imagen de lo que él es... Así llegó a ser superior a los ángeles en la misma medida en que el nombre que ha heredado supera en excelencia al de ellos. Porque, ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: “Tú eres mi hijo; hoy mismo te he engendrado?” (Heb. 1:3-5; cf. Sal. 2:7).

La Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, llama Dios a Jesús, al darle los nombres de Dios y la esencia de Dios. La Biblia también enseña que Jesús es verdadero Dios cuando nos dice que él hizo las obras de Dios. El Génesis nos dice que solo Dios creó el mundo (Gn. 1:1); la Biblia nos dice que Jesús creó el mundo (Sal. 33:6; Juan 1:3; Col. 1:16; Heb. 1:2). La Biblia nos dice que solo Dios preserva el mundo (Mt. 5:45); también nos dice que Jesús preserva el mundo (Heb. 1:3). La Biblia nos dice que solo Dios faculta a toda la creación para que funcione (Hch. 17:28); también nos dice que Jesús faculta a la creación para que funcione (Col. 1:17). Solo Dios preserva a los creyentes para vida eterna (Lc. 12:32); Jesús preserva a los creyentes para vida eterna (Jn. 10:27-29). Solo Dios resucitará a los muertos el Día del Juicio (Jn. 5:21); Jesús resucitará a los muertos el Día del Juicio (Jn. 5:25-29). Jesús dijo que iba a resucitar (Jn. 2:19; 10:17,18). Solo Dios juzgará al mundo (1 Co. 5:13); Jesús juzgará al mundo (2 Co. 5:10). Solo Dios puede crear y preservar la vida, facultarla para que funcione, preservar a los creyentes en la fe, resucitar a los muertos, y juzgar al mundo. Como Jesús hace todas esas obras, es claro que él es Dios.

La Biblia también nos dice que Jesús tiene los atributos de Dios. Solo Dios es eterno (Ro. 1:20); Jesús es eterno (1 Ti. 1:17; Jn. 17:5). Solo Dios sabe lo que hay en el corazón de los hombres (1 R. 8:39); Jesús sabe lo que hay en el corazón de los hombres (Jn. 2:25; 21:17). Solo Dios es todopoderoso (Gn. 18:14; Nm. 11:23; Mt. 19:26); Jesús es todopoderoso (Mt. 28:18). Solo Dios puede controlar las fuerzas de la naturaleza con su omnipotente poder (Job 38:8-11, 22-38); Jesús calmó una tormenta, mostrando así su poder sobre la naturaleza (Mc. 4:39-41). Solo Dios es omnipresente (Sal. 139:7-10); Jesús es omnipresente (Mt. 18:20). Solo Dios es inmutable (Mal. 3:6); Jesús es inmutable (Heb. 13:8). Solo Dios tiene vida en sí mismo; Jesús tiene vida en sí mismo (Jn. 5:26). Como Jesús posee los atributos de Dios, es Dios.

La Biblia también le da a Jesús el honor y la adoración que se dan a Dios. Jesús dice: “El Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha delegado en el Hijo, para que todos honren al Hijo como lo honran a él. El que se niega a honrar al Hijo, no honra al Padre que lo envió” (Jn. 5:22,23). Pablo dice de Jesús: “Dios lo exaltó hasta lo sumo y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre, para que ante el nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Fil. 2:9-11). Como el nombre de Jesús es sobre todo nombre, Jesús debe ser Dios, porque no hay otro nombre por encima del nombre de Dios. Como toda rodilla se doblará delante de Jesús, él debe ser Dios, porque solo Dios debe ser adorado (Dt. 6:13; Mt. 4:10). En la revelación que Juan recibió de Dios, vio una gran multitud de ángeles alrededor del trono de Dios en el cielo, cantando: “¡Digno es el cordero que ha sido sacrificado, de recibir el poder, la riqueza y la sabiduría, la fortaleza y la honra, la gloria y la alabanza!” (Ap. 5:12). Y continúa: “Y oí a cuanta criatura hay en el cielo, y en la tierra, y debajo de la tierra y en el mar, a



todos en la creación, que cantaban: “¡Al que está sentado en el trono y al Cordero, sean la alabanza y la honra, la gloria y el poder por los siglos de los siglos!” (Ap. 5:13). Como Jesús recibe el honor debido a Dios, es claro que él es Dios.

La anterior lista de referencias no es exhaustiva, pero es suficiente para mostrar que la Biblia enseña claramente que Jesucristo es verdadero Dios. Los que niegan la deidad de Jesús no han leído nunca la Biblia para ver lo que dice, o la han leído con el prejuicio y la presunción de que Jesús no es Dios. Por lo tanto, le permiten al diablo que aparte la Palabra de su corazón (Mt. 13:19). Jesús es verdadero Dios; la Biblia lo deja cristalinamente claro.

Jesús es verdadero hombre

¿Quién es Jesucristo? La Biblia, que enseña que Jesús es verdadero Dios, engendrado del Padre desde la eternidad, también enseña claramente que Jesucristo es verdadero hombre. Lo sabemos porque la Biblia llama hombre a Jesús (Ro. 5:19; 1 Co. 15:47-49; 1 Ti. 2:5). Jesús se aplicó frecuentemente el nombre de “el Hijo del Hombre” (Mt. 8:20; Mc. 10:45; Lc. 18:8; Jn. 3:14; etc.). Jesús tenía linaje humano, la Biblia rastrea sus ancestros (Mt. 1:1-16; Lc. 3:23-38; Rm. 1:3); tuvo un verdadero nacimiento humano, habiendo nacido de la virgen María (Lc. 1:26-38); tenía carne humana (Lc. 24:39; Heb. 2:14); tenía alma, como nosotros (Mt. 26:38; Jn. 12:27); tuvo emociones humanas como tristeza e ira –ira santa, porque él era sin pecado (Mc. 3:5; 14:34; Jn. 11:35). Como verdadero ser humano, tenía voluntad propia, la cual puso por completo al servicio de la voluntad de su Padre (Mt. 26:39; Lc. 22:42). Jesús tuvo las necesidades que tiene la gente: tuvo hambre después de no comer durante 40 días (Mt. 4:2); tuvo sed por los rigores de la crucifixión (Sal. 22:15; Jn. 19:28).

Jesús también experimentó la muerte real, la separación de su alma y su cuerpo (Jn. 19:30); su cuerpo fue puesto en una tumba (Lc. 23:53; Jn. 19:42). Cuando hablamos de la muerte de Jesús, debemos notar que él no tenía que morir; no tenía pecado, fue concebido por el Espíritu Santo y nació de la virgen María, no tenía pecado original, nunca cometió un pecado. En pensamiento, palabra y obra, cumplió perfectamente la voluntad de su Padre (Lc. 1:34-38; Is. 53:9; Jn. 8:46; 2 Co. 5:21; 1 P. 1:19; Heb. 7:26,27). Como la muerte es el castigo por el pecado (Gn. 2:17, 3:17-19; Ro. 5:12, 6:23), y como Jesús es sin pecado, no tenía que morir. Jesús quiso morir para vencer a la muerte por nosotros (Jn. 10:18). Sin embargo, su muerte indica que él es verdadero hombre.

Se debe notar que la naturaleza humana de Cristo nunca existió como una persona separada. La naturaleza humana de Cristo fue asumida en su divina persona. Toda otra naturaleza humana forma una persona separada, la naturaleza humana de Cristo nunca existió aparte de la unión con su naturaleza divina. Por eso hablamos de la “impersonalidad” de la naturaleza humana de Cristo. De la misma manera, debemos hablar de una doble generación en relación con Cristo. Según su naturaleza divina, fue engendrado del Padre desde la eternidad (Sal. 2:7); a su tiempo, nació de la virgen María.

Jesucristo es Dios y hombre en una persona: Dios-hombre

¿Quién es Jesucristo? Miremos de nuevo lo que escribe Mateo: “Cuando llegó a la región de Cesárea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: “¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre? [...] ‘Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente’ –afirmó Simón Pedro” (Mt. 16:13,16). Jesús es una persona única, es Dios y hombre en una persona. Así como el alma y el cuerpo forman una persona, Dios y hombre forman un Cristo. Esta ilustración nos ayuda a contemplar el misterio de la unión especial de Dios y hombre en una persona, Jesucristo, pero es insuficiente; la unión del alma y el cuerpo puede ser separada por la muerte; la unión de Dios y hombre en Cristo es inseparable. Jesús hizo un acto una vez para siempre cuando asumió en su naturaleza divina una verdadera naturaleza humana; sigue siendo un misterio cómo pudo ser esto. La Biblia enseña claramente que Jesús es Dios y hombre en una persona (Mt. 16:13,16; Lc. 1:31,32; Jer. 23:5,6; Ro. 9:5; Jn. 1:14; Ro. 1:3,4).

La unión de Dios y hombre es diferente de toda otra unión de Dios con su creación. Dios está presente en toda la creación, la facultad para funcionar (Jer. 23:24), pero es distinto de su creación, y ninguna criatura puede llamarse Dios. Dios también está presente en el corazón de los creyentes (1 Co. 3:16); esa es la unión *mística*, pero ningún creyente podría jamás ser llamado Dios. Sin embargo, Jesús puede ser llamado Dios y hombre porque es uno y otro. La naturaleza divina y la naturaleza humana están unidas en una persona; esa unión de Dios y hombre, dos naturalezas en una persona, es lo que llamamos la unión *personal* o *hipostática* (de la palabra griega para persona: *hypóstasis*). A este respecto es útil definir los términos que usamos. La palabra *naturaleza* se refiere a lo que es común a los miembros de una misma especie. La naturaleza divina es lo que es común a las tres personas de la Trinidad. La palabra *persona* significa lo que no es parte o cualidad en otro, sino que subsiste en sí mismo. Así: el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, cada uno posee características personales y son distintos unos de otros.

En la unión personal, cada una de las dos naturalezas retiene sus cualidades y propiedades distintivas; no se mezclan o se combinan en una nueva naturaleza en la que las naturalezas divina y humana hayan perdido sus propiedades originales. La unión personal de Dios y hombre en una persona no es similar a hornear una torta; para hacer una torta, se mezcla una variedad de ingredientes como: azúcar, harina, huevos, y agua. Cuando se hornea la torta, no se pueden separar los huevos de la torta terminada, se han mezclado con los otros ingredientes para formar una nueva sustancia. Sin embargo, en Cristo, las naturalezas divina y humana retienen cada una sus cualidades y propiedades distintivas.

Además, en la unión personal, las dos naturalezas están unidas en una persona, no están separadas una de otra, como dos tablas que están pegadas. Por eso, no fue solo la naturaleza humana de Cristo la que fue sujeta a la ley de Dios y sufrió por nuestros pecados. Si solo la naturaleza humana de Cristo hubiera sufrido y muerto, no tendríamos el Salvador, porque un hombre no puede dar su vida como rescate por todo el mundo. Moisés quiso sustituir al pueblo de Israel cuando pecaron contra Dios con el becerro de oro; el Señor tuvo que señalarle a Moisés que su idea, aunque bien intencionada, era imposible (Éx. 32:32,33). Solo Dios podía sustituir a toda la raza humana; si ponemos a un simple hombre en la balanza de la justicia divina, no podría equilibrar la deuda de los pecados de todo el mundo, Dios tenía que ponerse en la balanza de la justicia divina para expiar los pecados de todo el mundo.

Así, el Credo Atanasiano resume muy bien la enseñanza bíblica respecto de la persona de Cristo, cuando dice:

Esta es, pues, la fe verdadera,

Que creamos y confesemos que nuestro Señor Jesucristo, el hijo de Dios, es Dios y hombre.

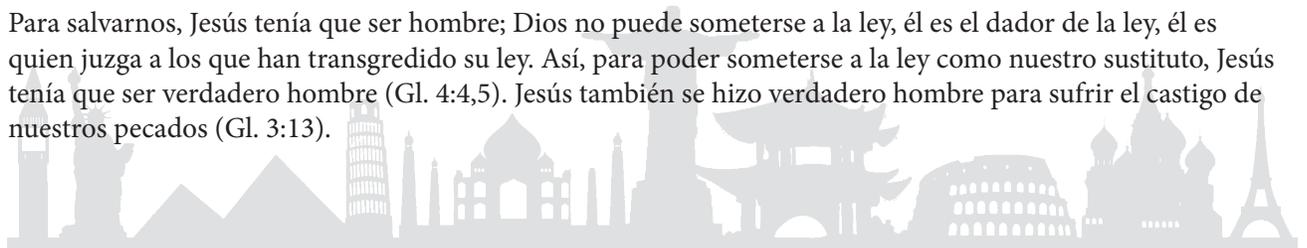
Dios de la substancia del Padre, engendrado antes de los siglos; y hombre de la substancia de su madre, nacido en el tiempo; perfecto Dios y perfecto hombre, subsistiendo de alma racional y de carne humana, igual al Padre según la divinidad, menor que el Padre según la humanidad;

Que, aunque es Dios y hombre, sin embargo, no son dos, sino un solo Cristo, Uno, empero, no por la conversión de la divinidad en carne, sino por la asunción de la humanidad en Dios.

Absolutamente uno, no por la confusión de la substancia, sino por la unidad de la persona. Porque como el alma racional y la carne es un hombre, así Dios y el hombre es un Cristo. (CM pág.20).

Por qué Jesús tenía que en una persona ser Dios y hombre

Para salvarnos, Jesús tenía que ser hombre; Dios no puede someterse a la ley, él es el dador de la ley, él es quien juzga a los que han transgredido su ley. Así, para poder someterse a la ley como nuestro sustituto, Jesús tenía que ser verdadero hombre (Gl. 4:4,5). Jesús también se hizo verdadero hombre para sufrir el castigo de nuestros pecados (Gl. 3:13).



Pero, aún si fuera posible que un hombre guardara perfectamente la ley de Dios, solo podría hacerlo por él mismo, no podría hacerlo por todo el mundo. Por lo tanto, Jesús tenía que ser verdadero Dios para: sustituir a todo el mundo, guardar la ley por todos, sufrir el castigo de los pecados de todos (Mt. 20:28). A su tiempo, Jesús asumió en su naturaleza divina la verdadera naturaleza humana, para poder llegar a ser nuestro Salvador del pecado.

Errores concernientes a la persona de Cristo

Errores que niegan la deidad de Cristo

Los *ebionitas* del siglo 1, según Justino Mártir (100-165), enseñaban que Jesús es simplemente un hombre nacido de hombre. Los ebionitas venían de entre los judíos cristianos y estaban relacionados en espíritu y pensamiento con los judaizantes, contra quienes Pablo escribió la epístola a los Gálatas. Esas personas aceptaban a Jesús como el Mesías, pero negaban su deidad; creían que Jesús se hizo el Cristo practicando la ley y pensaban que podían convertirse en Cristo por medio de la obediencia a la ley.

El *monarquianismo modalista* trataba de mantener la unidad de Dios, pero terminaba negando la Trinidad. Sabelio (siglo 3) fue el principal representante de este error; enseñaba que Dios era Dios personal que desempeñaba diversos roles. Decía que fue en verdad el Padre quien murió en la cruz cuando desempeñó el rol del Hijo. Ese error le robó a Jesús tanto su personalidad como su deidad.

El *monarquianismo dinámico* también enseñaba que había el Dios personal. Pablo de Samosata (siglo 3) fue el principal proponente de este error; consideraba que el Hijo y el Espíritu Santo eran fuerzas que emanaban de Dios. En el esquema de Pablo de Samosata, Jesús era un simple hombre en quien actuaba el poder de Dios, que usaba ese poder con el mayor grado de fidelidad, y que finalmente fue adoptado por Dios como Hijo. Esa posición también se llamó *adopcionismo*. Pablo de Samosata elogiaba a Jesús como maestro, pero sacrificaba el oficio sacerdotal de Cristo y por lo tanto su obra salvadora. Así, su negación de la verdadera naturaleza divina de Cristo fue un serio error.

El *arrianismo* enseñaba que Jesús es como el Padre, pero subordinado a él. Arrio (m. 336), enseñaba que el Hijo es un ser creado por Dios; que el Hijo es como Dios (*homoioúsios*—de naturaleza similar) pero no igual a Dios (*homo-úsios*—de la misma naturaleza). Enseñaba que el Hijo es la primera y más noble creación de Dios; ese error amenazó el mensaje del evangelio, de que Cristo es nuestro Salvador del pecado, convirtió el cristianismo en una religión ética, porque convirtió a Cristo en un simple revelador de la voluntad de Dios, y no nuestro sustituto y Salvador del pecado. Ese error fue condenado por el Credo Niceno, que dice: que Cristo es “Dios de Dios, Luz de Luz, verdadero Dios de verdadero Dios, engendrado y no hecho, consustancial al Padre (CM pág.18). Atanasio, Obispo de Alejandría, hizo un gran trabajo de oposición a las falsas enseñanzas de Arrio.

Los *eunomianos* defendían una forma más radical de arrianismo, no creían que Jesús fuera de la misma esencia que el Padre; creían que Jesús era de esencia diferente de la del Padre, distinto del Padre y creado por el Padre.

El *gnosticismo* es bien conocido porque negaba la humanidad de Cristo, pero también negó su deidad. El gnosticismo revelado ya estaba creando problemas en el siglo 1. Un gnóstico de nombre Cerinto, que vivía en Éfeso, enseñaba que Jesús fue un hombre, hijo de José y de María; creía que el ser divino, Cristo, descendió sobre Jesús en su bautismo y que salió de él en el momento de la crucifixión. San Juan escribió su primera epístola contra el trasfondo del error de Cerinto. Los gnósticos posteriores sencillamente veían a Jesús como uno entre muchos seres divinos; lo degradaron.

Los *anabaptistas* del tiempo de Lutero sostenían que Jesús era menor que Dios; hombres como Hans Denck (m. 1527) y Ludwig Hetzer (m. 1529), siguieron los pasos de Pablo de Samosata.

El *socinianismo* niega la deidad de Cristo. El médico español Miguel Servet (m. 1553) rechazó la Trinidad de Dios y la deidad de Cristo, fue quemado en la hoguera por Juan Calvino (m. 1564), en Ginebra, Suiza; su error fue continuado por dos nobles italianos: Lelio Sozzini (m. 1562) y su sobrino Fausto (m. 1604). Ellos enseñaban que Dios es el Dios personal y que Jesús es un simple hombre, aunque dotado de dones del más alto orden. Tuvieron que huir de Italia y establecerse en Polonia; su enseñanza también se difundió al oriente de Hungría. Su doctrina ha sido llamada socinianismo.

El *unitarianismo* se reserva generalmente para un movimiento que comenzó en Inglaterra en el siglo 17. En el siglo 18, condujo a la organización de la Iglesia Unitaria Americana. Lindsay (m. 1808) y Priestley (m. 1804), en Inglaterra, y: Channing (m. 1842), Emerson (m. 1882), y Parker (m. 1860), en los Estados Unidos, fueron los líderes que dirigieron el movimiento. La doctrina que sufrió más a manos de esas personas fue el sacrificio expiatorio de Cristo. Un sacrificio hecho por uno que no es Dios no puede salvar a nadie, y convierte la vida de Jesús en un simple ejemplo de vida caritativa.

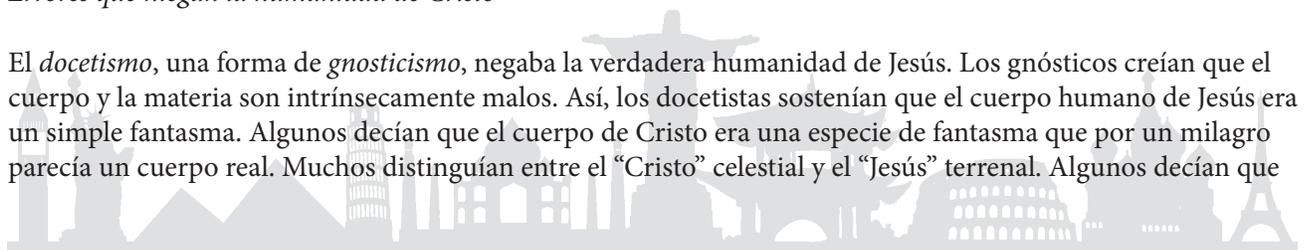
El *Deísmo* negaba la deidad de Cristo; comenzó en Inglaterra en el siglo 17. Una forma de deísmo creía que Dios hizo el mundo y luego se apartó de él, dejándolo funcionar en virtud de las fuerzas que había puesto en movimiento. Como Dios se retiró del mundo, los deístas creían que nadie podía tener un conocimiento preciso de Dios sino solo un vago recuerdo de él. En ausencia de alguna información precisa sobre Dios, la gente estaba abandonada a desarrollar sus propias religiones lo mejor que pudieran; algunas eran inferiores; otras, superiores. Los deístas creían que el cristianismo era superior pero también hecho por el hombre. Así, no había lugar en su sistema para el Cristo que fuera el Hijo de Dios. En los Estados Unidos: Thomas Jefferson, Benjamín Franklin, y George Washington fueron deístas prominentes. George Washington fue también miembro de la Orden de los Masones. Logias como: la Orden Masónica (rito de York o escocés), los Shriners (la persona debe ser de grado 32 en el rito escocés para ser admitida), la Estrella de Oriente (orden masona que admite mujeres), las Hijas de Job (orden masona para mujeres jóvenes), la Orden de De Molay (orden masona para hombres jóvenes), la Orden Benevolente Protectora de Elk, las Águilas y los Odd Fellows son grupos que tienen una filosofía deísta de la religión; para pertenecer a ellos, hay que creer en un dios, pero no es necesario creer en el Dios de la Biblia. En esos sistemas, Jesucristo toma su lugar entre todos los otros grandes líderes religiosos de todos los tiempos, y niegan su deidad. Las logias enseñan la salvación por obras y convierten la obra de Jesús en un ejemplo, y no la de ser el Salvador. El movimiento Scout también es de naturaleza deísta, exige creer en un dios, pero no en el Dios de la Biblia; en las declaraciones religiosas del sistema scout, Jesús no es Dios, sino un simple hombre.

Grupos como: *los mormones, la Ciencia Cristiana, los Testigos de Jehová, la Unidad, la fe Bahai, la Iglesia de la Unificación, la Cienciología, y el Movimiento de la Nueva Era*, niegan la deidad de Cristo; su historia y posiciones respecto a Dios y a Cristo se detallan en la sección sobre los errores modernos respecto de Dios. No mencionaremos de nuevo todos sus errores respecto de Cristo; usted puede consultar la sección anterior para ver lo que creen esos grupos respecto de Jesús. Lo que creen no es la enseñanza de la Biblia, todos degradan a Cristo, lo tratan como pasajero o uno entre muchos seres divinos. Niegan que su sacrificio expiatorio sea el único camino al cielo.

El *liberalismo, el modernismo, y el postmodernismo* han negado la deidad de Cristo; trataremos sus errores en una sección especial.

Errores que niegan la humanidad de Cristo

El *docetismo*, una forma de *gnosticismo*, negaba la verdadera humanidad de Jesús. Los gnósticos creían que el cuerpo y la materia son intrínsecamente malos. Así, los docetistas sostenían que el cuerpo humano de Jesús era un simple fantasma. Algunos decían que el cuerpo de Cristo era una especie de fantasma que por un milagro parecía un cuerpo real. Muchos distinguían entre el “Cristo” celestial y el “Jesús” terrenal. Algunos decían que



Jesús tenía cuerpo, pero de materia espiritual, distinto del nuestro. Cuando los primeros credos enfatizaron el hecho de que Cristo nació de la virgen María, no solo afirmaron el nacimiento virginal de Cristo sino también su humanidad real. Jesús no apareció simplemente en la tierra, sino que nació. Los hechos de que: fue crucificado, murió, y resucitó, rechazan las ideas del docetismo.

Apolinar de Laodicea defendió una idea que finalmente afectó la verdadera humanidad de Cristo. Apolinar pensaba que podía ayudar a defender la doctrina de la Trinidad explicando cómo la eterna Palabra de Dios se hizo carne en Jesús; decía que, en Jesús, la eterna Palabra, la segunda persona de la Trinidad tomó el lugar de su alma racional. Apolinar creía en la *tricotomía*, la creencia de que los humanos están compuestos de: cuerpo, alma, y espíritu. Creía que Jesús tenía cuerpo y fuerza vital, pero no verdadero intelecto humano. Según Apolinar, la eterna Palabra desempeñaba en Jesús el rol que el alma racional o intelecto desempeña en el resto de nosotros. La idea de Apolinar fue rechazada por el Concilio de Constantinopla (382), porque un cuerpo humano con mente puramente divina no es un verdadero ser humano. Como lo expresó Gregorio Nacianceno (uno de los grandes capadocios): “Porque no se puede salvar lo que no se ha asumido”.¹

El *monotelismo* (de la palabra griega para “una voluntad”) fue un error que tuvo el mismo efecto que el de Apolinar. El patriarca Sergio de Constantinopla creía que, aunque ciertamente había dos naturalezas en Cristo, había una sola voluntad. Decía que, en Cristo, la voluntad divina tomó el lugar de la voluntad humana. Pero, un hombre sin voluntad humana no es completamente humano. Esta controversia ocurrió a comienzos del siglo 7, y tuvo el apoyo del Papa Honorio. El Sexto Concilio Ecuménico, que se reunió en Constantinopla entre 680 y 681, condenó el monotelismo y declaró hereje al Papa Honorio (en el siglo 19, los opositores de la infalibilidad del papa invocaron el caso del papa Honorio).

Errores que afectan las dos naturalezas en Cristo

El *nestorianismo* separaba las dos naturalezas en Cristo, de modo que había dos naturalezas y dos personas. Nestorio llegó a ser patriarca de Constantinopla en 428; objetó llamar a María la “portadora” de Dios (*theótokos* en griego). Sugirió que María debía llamarse “portadora de Cristo” (*Christotókos* en griego). Al hacer la distinción, decía que se debe distinguir entre la humanidad de Cristo y su divinidad, que algunas de las cosas que se decían de él se deben aplicar a la humanidad y otras a la divinidad. Esto efectivamente dividía a Jesús en dos seres cuya unidad consistía en el acuerdo más que en la unión en una persona. Finalmente, si solo murió la naturaleza humana de Cristo, no seríamos salvos. Eso ponía a Dios en la balanza de la justicia divina para sustituir toda la raza humana. Jesús también tenía que ser verdadero ser humano para ponerse en la balanza de la justicia de Dios en primer lugar. El Concilio de Éfeso en 433 condenó el error de Nestorio, que pasó el resto de su vida en el exilio. El Credo Atanasiano rechaza específicamente este error cuando dice: “Cristo no es dos personas sino una persona”.

El error de Nestorio fue resucitado en el siglo 16 por Ulrico Zwinglio, que también separó las dos naturalezas de Cristo y negó que hubiera alguna coparticipación de atributos entre las dos naturalezas. Su error en la cristología también lo llevó a errar en cuanto a la presencia real del cuerpo y la sangre de Cristo en la cena del Señor. Si la naturaleza humana de Cristo no estuviera presente en todas partes, sino confinada a un lugar a la diestra de Dios, las palabras “Este es mi cuerpo”, “Esta es mi sangre”, debían significar: “Esto representa mi cuerpo”, “esto representa mi sangre”. Pero la Biblia enseña claramente que el cuerpo humano de Cristo es también omnipresente (Mt. 18:20), y las sencillas palabras de la institución de la cena del Señor también enseñan claramente que el cuerpo y la sangre de Cristo están presentes con el pan y el vino.

El *euticianismo* mezclaba las dos naturalezas en Cristo. Eutiques, un monje de Constantinopla, enseñaba que, aunque Jesús es de una substancia con el Padre, no es de una substancia con nosotros. Decía que Cristo era de dos naturalezas antes de la unión, pero de una naturaleza después de la unión. Por eso, la posición de Eutiques se llamó *monofisismo* (una naturaleza), porque creía que las dos naturalezas de Cristo se hicieron una

naturaleza después de su unión. El Concilio de Éfeso en 449 (llamado sínodo de los ladrones por el Papa León, porque no se les permitió a sus delegados leer una declaración que él envió) apoyó a Eutiques, pero en 451, el Concilio de Calcedonia condenó la posición de Eutiques. El Credo Atanasiano lo condena cuando declara: “No por la confusión de la substancia, sino por la unidad de la persona”.

*Errores respecto de la persona de Cristo de:
el liberalismo, el modernismo, y el postmodernismo*

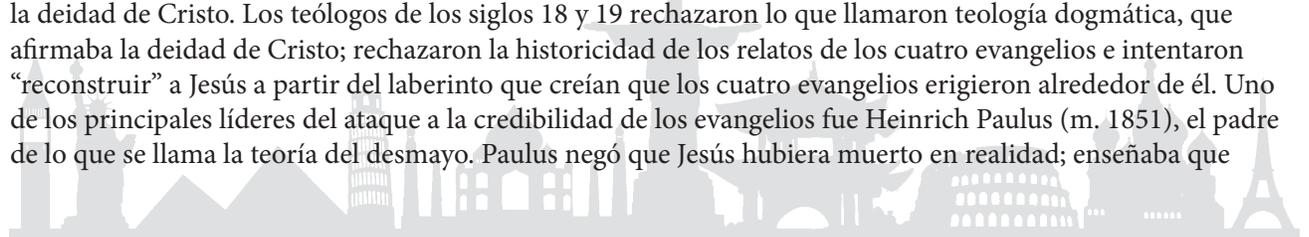
Quien manosea la Escritura, también manosea a Cristo. La verdad de esta frase se ve con claridad en lo que les ha ocurrido a las enseñanzas de la gente respecto de Cristo, desde el surgimiento de la crítica bíblica en la sociedad secular y en la iglesia. El punto de la historia en el que las cosas comenzaron a cambiar es el periodo llamado de la Ilustración, que comenzó en el siglo 18. Comenzó en los Países Bajos y en Inglaterra, y alcanzó su punto culminante durante la Revolución Francesa, con Voltaire (m. 1778). Hasta ese momento, la gente en general aceptaba la autoridad de la Biblia; la Ilustración fue un periodo en el que se elevó a la razón sobre la revelación y hubo una visión demasiado optimista del mundo y de la naturaleza humana, con una actitud hostil: hacia lo sobrenatural, hacia la revelación de Dios, y hacia la autoridad externa.

Fue una época en la que se usaron los descubrimientos en el campo de la ciencia para rechazar la autoridad de la Biblia. A finales del siglo 18, David Hume (m. 1776) cuestionó la posibilidad de los milagros, aduciendo la uniformidad de la naturaleza. En filosofía, René Descartes (m. 1650) afirmó que se debe dudar de todos los conceptos hasta que se hayan probado y que la prueba adecuada debe tener la certeza de las ecuaciones matemáticas. Esos principios fueron continuados por: Spinoza (m. 1677) en los países bajos, Leibnitz (m. 1716) en Alemania, y Locke (m. 1704) en Inglaterra. Cuando los racionalistas le aplicaron esos principios a la Biblia, comenzaron a desacreditar lo que decía. Otra influencia que, allanó el camino para la actitud hostil hacia la Biblia, fue el deísmo. Cuando John y Charles Wesley vivían en Inglaterra, en la década de 1700, el deísmo había debilitado la vitalidad espiritual de la iglesia anglicana de la época.

No sorprende, en este escenario, que surgieran ataques a la confiabilidad de la Biblia. El siglo 18 vio el surgimiento de la crítica bíblica. Jean Astruc (m. 1766), profesor de medicina en París, cuestionó la autoría mosaica del Génesis; dijo que el Génesis provino de una mezcla de autores. Las opiniones de Astruc fueron apoyadas en Alemania por Johann Semler (m. 1791) y Johann Eichhorn (m. 1827). Se le aplicó la alta crítica a todo el Pentateuco (los cinco primeros libros de Moisés: desde Génesis hasta Deuteronomio). De inmediato se aplicó la práctica de dividir los escritos a los otros profetas, y también a los cuatro evangelios.

El siglo 19 vio el surgimiento de una posición que no solo era antagónica hacia la Biblia, sino también contra Dios. Los críticos de la Biblia no solo consideraban innecesario a Dios, sino que rechazaban todo concepto de Dios por hostil al bienestar del hombre. Charles Darwin (m. 1882) publicó su libro sobre *el Origen de las Especies* en 1859; en 1871, publicó otro libro, *El Origen del Hombre*. Sus teorías de la selección natural y la supervivencia de los más aptos rechazaban la necesidad de Dios en su creación. Karl Marx (m. 1883), redactor de *Manifiesto Comunista* (1847), pensaba que la religión se interpone entre las personas y el justo fruto de sus labores. El filósofo Friedrich Nietzsche (m. 1900), declaró en una obra publicada en 1882, que Dios había muerto. El famoso psicólogo Sigmund Freud (m. 1939), dijo que la religión perpetuaba los patrones infantiles de comportamiento, especialmente los que tenían que ver con la culpa y el perdón.

No sorprende ver, en este ambiente, que ocurrieran ataques a los cuatro evangelios y su clara enseñanza de la deidad de Cristo. Los teólogos de los siglos 18 y 19 rechazaron lo que llamaron teología dogmática, que afirmaba la deidad de Cristo; rechazaron la historicidad de los relatos de los cuatro evangelios e intentaron “reconstruir” a Jesús a partir del laberinto que creían que los cuatro evangelios erigieron alrededor de él. Uno de los principales líderes del ataque a la credibilidad de los evangelios fue Heinrich Paulus (m. 1851), el padre de lo que se llama la teoría del desmayo. Paulus negó que Jesús hubiera muerto en realidad; enseñaba que



Jesús estaba aún vivo cuando lo bajaron de la cruz. El otro líder prominente fue David Strauss (m. 1874), que afirmó que el Cristo del Nuevo Testamento es esencialmente una creación de la leyenda. A comienzos del siglo 20, Albert Schweitzer (m. 1965) escribió su famoso libro *La búsqueda del Jesús Histórico, Estudio Crítico de su Progreso desde Reimarus hasta Wrede* (1906). En ese libro, Schweitzer dice que todo lo que han producido los eruditos hasta el momento, es un Cristo ficticio.

En este punto, debemos entender los términos que usan frecuentemente los eruditos incrédulos en su investigación sobre Cristo.

- el *Jesús de la historia*—el hombre de Nazaret que vivió en Galilea y murió en Jerusalén hace dos mil años.
- el *Jesús histórico*—la reconstrucción histórica de las palabras y hechos de Jesús, que se logra por la investigación crítica. Cuando un crítico bíblico dice que está buscando al Jesús histórico, no está buscando al Jesús de los evangelios, está tratando de encontrar un Jesús que ha reconstruido con sus opiniones personales sobre lo que está escrito en los cuatro evangelios; ha hecho caso omiso de la naturaleza objetiva de los evangelios y termina con un Jesús de su propia creación.
- el *Cristo del kerygma*—el Cristo que proclamó la iglesia primitiva como Mesías y Señor viviente. Los críticos creen que este es el Jesús construido por la iglesia primitiva por medio de historias y leyendas que contaban sobre él para convencer a la gente de que Jesús era Dios o un superhombre.
- el *Cristo kerigmático*—el Cristo de la doctrina Cristiana, construido por el análisis y la reflexión teológicos. Los críticos creen que este es el Cristo que construyó la iglesia cuando formuló sus credos. Así, esos críticos distinguen entre el Jesús que vivió en esta tierra y el Jesús del que se habla en los credos. Creen que los credos son simples formulaciones sacadas de varias historias que se contaban originalmente sobre Jesús.
- el *Cristo de la fe*—el Cristo importante para el hombre moderno, en quien puede poner su confianza. Los críticos no creen que el Cristo de los evangelios sea importante para el hombre moderno. Todo lo ofensivo para la razón humana ha sido quitado, de modo que el Cristo que le recomiendan al hombre moderno es en forma de un: reformador radical, activista social, o mártir de una causa.²

El liberalismo religioso, que se desarrolló en el siglo 19 y rechazó la historia bíblica de Cristo, sufrió un golpe mortal a comienzos del siglo 20. La primera guerra mundial, con toda su matanza y devastación, desmintió el sueño de liberalismo de que la humanidad estaba mejorando, cada día y en todo. Como observó William Baird:

Cuando colapsó la cultura del siglo diecinueve en las tragedias del siglo veinte, la teología del siglo diecinueve se derrumbó con ella. Los heraldos teológicos del nuevo día miraban con desdén los escombros. Una religión creada a imagen del hombre y edificada sobre las arenas movedizas de los valores humanos no podía ofrecer un suelo seguro para la fe en el momento del zarandeo de sus fundamentos. Lo que el hombre anhelaba oír era la palabra que venía de Dios—una palabra de más allá del débil grito de los teólogos y los miserables resultados de la investigación bíblica.³

Cuando las aguas volvieron a su cauce, surgió algo nuevo para reemplazar el liberalismo, la *neoortodoxia*, la así llamada ortodoxia nueva. Karl Barth y Rudolf Bultmann son los dos teólogos que representan este movimiento (la neoortodoxia es una metodología religiosa, no un cuerpo eclesiástico). Karl Barth (m. 1968) afirmaba que los humanos son pecadores, pero negaba que Génesis 3 fuera un evento histórico. Aceptaba la Biblia como revelación, pero decía que era solo un testigo de la revelación de Dios, escrito por humanos, y que contenía

errores. Afirmaba que Jesús es Salvador, pero pensaba que los eventos de la vida y muerte de Jesús están fuera del campo de la historia (en la *meta-* o *suprahistoria*). Así, Barth no aceptaba como hecho histórico el testimonio de los cuatro evangelios sobre Jesús.

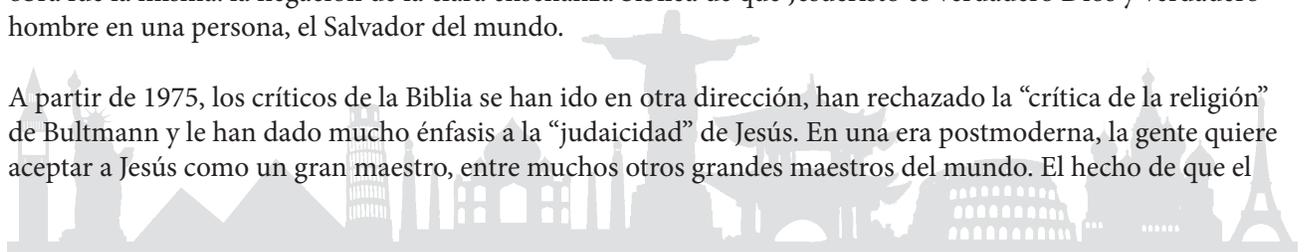
Rudolf Bultmann (m. 1976), un luterano alemán y contemporáneo de Barth, fue más allá en el rechazo de Jesús como lo presentan los cuatro evangelios; en un ensayo escrito en 1941, “Nuevo Testamento y Mitología”, y en su libro posterior *Jesucristo y Mitología*, (1958), Bultmann popularizó la metodología teológica de la *desmitologización*. Las siguientes declaraciones resumen la posición de Bultmann sobre Jesús:

El cristiano ya no está ocupado con el Cristo después de la carne [*el Jesús de la historia*]. Además, la crítica histórica ha demostrado que ese Cristo—el Jesús histórico [el Jesús como fue reconstruido por los eruditos críticos] —no puede ser reconstruido, mientras que la dialéctica existencial ha insistido en que es imposible un terreno objetivo para la fe. [*Porque, según el existencialismo, lo que puede ser cierto para usted no es necesariamente cierto mí. No hay nada que sea absolutamente verdadero.*] Eso significa que el Cristo de la fe [*el Cristo que es importante para el hombre moderno*] es lo que le atañe al creyente. Pero eso no significa que el hombre de fe deba aprobar las antiguas fórmulas del kerigma o los credos cristológicos del Nuevo Testamento. Como demuestra el método de la historia de las religiones [*la idea de que elementos del judaísmo y de la mitología griega fueron la base de algunas creencias cristianas*], esos credos y fórmulas usan los signos y símbolos del mundo heleno y no son distintivamente cristianos. Por lo tanto, esos signos y símbolos, no se deben tomar como descripciones literales de la naturaleza de Cristo, se deben interpretar por medio de la exégesis del existencialismo histórico para poner en claro su verdadera intención—la confesión del significado de la acción de Dios en Cristo para la existencia del hombre. [*Esta es la idea que tiene Bultmann de la desmitologización. Los relatos de los evangelios se consideran como símbolos, tomados de la cultura griega, que se deben reinterpretar de manera que sean útiles para el hombre moderno al enfrentar el mundo de hoy*]. Como acción de Dios para la existencia del hombre, Cristo no está confinado al pasado; el crucificado es también el Señor resucitado. Pero, la resurrección no es un milagro objetivo de la intervención de Dios en la historia, sino un evento escatológico, ciertamente existencial. [*En otras palabras, Bultmann no creía que Jesús en verdad resucitó físicamente, creía que la historia de la resurrección de Jesús debe tener algún significado para alguien hoy, cuando enfrenta los problemas de la vida*].⁴

Tanto Barth como Bultmann, rechazaron los relatos de los cuatro evangelios sobre Jesús; no creían que fuera legítima la búsqueda de un Jesús de la historia, porque no creían que los relatos del evangelio sobre Jesús fueran objetivos e históricos. Por eso, rechazaron a Jesús como el Dios hombre que presenta la Escritura.

El período de 1950 a 1975, vio otro cambio de dirección en la búsqueda del Jesús histórico; algunos críticos comenzaron a aducir que la creencia en Jesús exigía algún contenido histórico, y popularizaron una prueba para determinar lo que creían que era históricamente auténtico en la vida de Jesús. Lo llamaron “criterio de disimilitud”; este método aceptaba como auténtico solo lo que no se derivara del judaísmo primitivo ni de la enseñanza cristiana. Pero era un método ridículo; Jesús viene del Antiguo Testamento y es la base de la fe cristiana. Sería como decir, respecto del quarterback de un equipo de fútbol, que no se puede aceptar nada de lo que se diga de su equipo o de su posición. Cuatro críticos bien conocidos de esa época fueron: el obispo episcopal James Pike (m. 1969), Harry Emerson Fosdick (m. 1969), el Obispo anglicano John A. T. Robinson (m. 1983—escribió el libro *Honesto para con Dios*, 1963), y Thomas Altizer (n. 1927—escribió *El Evangelio de Ateísmo Cristiano*, 1966). Altizer es asociado con los teólogos de la “muerte de Dios” El resultado final de su obra fue la misma: la negación de la clara enseñanza bíblica de que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre en una persona, el Salvador del mundo.

A partir de 1975, los críticos de la Biblia se han ido en otra dirección, han rechazado la “crítica de la religión” de Bultmann y le han dado mucho énfasis a la “judaicidad” de Jesús. En una era postmoderna, la gente quiere aceptar a Jesús como un gran maestro, entre muchos otros grandes maestros del mundo. El hecho de que el



postmodernismo no acepte ningún absoluto demanda el rechazo de la creencia de que Jesucristo es verdadero Dios. Si en verdad fuera verdadero Dios, sería el único camino de salvación, algo que el postmodernismo rechaza enfáticamente. Así, la búsqueda de Jesús termina en el mismo sitio, con el rechazo de la deidad de Jesucristo.

Un grupo más radical que otros críticos contemporáneos es el “Seminario Jesús”. Este grupo de 74 eruditos de varios seminarios y universidades se reunió durante un período de seis años para producir una traducción que llamaron Versión Erudita de los cinco evangelios; añadieron el Evangelio de Tomás, un supuesto registro de 114 dichos secretos de Jesús. Pero, esa obra tenía muy poca información sobre la vida de Jesús, había sido fechada aproximadamente entre los años 140 y 170, mucho después de los cuatro evangelios. Ese evangelio gnóstico estaba entre 13 papiros códices que encontró en diciembre de 1945 un campesino árabe en Nag Hammadi, Egipto, unos 540 km al sur de El Cairo, cerca del río Nilo.

Tres de los hombres más conocidos de ese grupo son: Robert Funk, Marcus Borg, y John Dominic Crossan. El Seminario Jesús discutió los dichos de Jesús en la Biblia y votaron sobre la posibilidad de si Jesús los dijo o no. Llegaron a la conclusión de que cerca del 62 por ciento de las palabras atribuidas a Jesús en los cuatro evangelios no fueron realmente dichas por él.⁵ La cita siguiente de “The Coming Radical Reformation,” una serie de 21 tesis de Robert Funk, fundador del Seminario Jesús, indica la actitud de este grupo hacia la deidad de Cristo.

La trama que inventaron los cristianos primitivos para la figura de un redentor divino es tan arcaica como la mitología en que se enmarca. Un Jesús que cae del cielo, realiza un acto mágico que libera a los seres humanos del poder del pecado, resucita y regresa al cielo, sencillamente ya no es creíble. La noción de que volverá al final y establecerá un juicio cósmico es igualmente increíble. Debemos encontrar una nueva trama para un Jesús más creíble.⁶

Aunque los del Seminario Jesús se exceden en locuacidad, se quedan cortos en sustancia; les gusta hacer afirmaciones con poca o ninguna evidencia que las apoye. Es triste que a este grupo frecuentemente le pidan los medios de comunicación seculares sus opiniones sobre la persona y la vida de Cristo, en Navidad y en la Pascua. Con cuanta más razón queremos los cristianos compartir las buenas nuevas de que Jesucristo es verdaderamente el Hijo de Dios y nuestro Salvador del pecado.

Este breve bosquejo de lo que han dicho los críticos respecto de la deidad de Cristo, servirá para mostrar lo que les ha ocurrido a las creencias respecto de Jesús desde el periodo de la Ilustración. También es importante notar que el ataque a la autoridad de la Biblia terminó en un ataque a la deidad de Jesucristo y a su oficio como nuestro Salvador del pecado. La mayoría de los seminarios usan actualmente el método histórico crítico de interpretación bíblica; por eso es común encontrar personas que dicen ser cristianas y niegan que Cristo sea el Hijo de Dios. Incluso en la Iglesia Evangélica Luterana en América (Evangelical Lutheran Church in America, ELCA), el mensaje respecto de Cristo es incierto. Cuando ese cuerpo eclesiástico le permite a los profesores y pastores de su entorno enseñar que Jesús no resucitó realmente, cae en el riesgo de perder el evangelio.

En este punto será conveniente mencionar los errores específicos de los últimos dos siglos, que debemos rechazar respecto de la persona de Cristo; eso no dejará duda sobre dónde estamos al respecto. Esos errores caen en tres categorías: unos niegan la deidad de Cristo, otros niegan la exactitud histórica de los relatos del evangelio sobre Jesús, y otros atacan la obra de Jesús. Rechazamos los siguientes:

1. Que la enseñanza de la deidad de Cristo fue construida por la iglesia primitiva para dar la impresión de que Jesús era un “superhombre”.



2. Que la deidad de Cristo que enseñan los cuatro evangelios es simplemente una adaptación de leyendas griegas respecto de dioses griegos.
3. Que los relatos del evangelio respecto de Jesús son simplemente el desarrollo de tradiciones orales referidas por la iglesia primitiva, respecto de Jesús.
4. Que los cuatro evangelios son el resultado del desarrollo evolutivo de tradiciones orales a fuentes escritas, editadas en una etapa posterior, y afectadas en todos sus estadios por influencias de fuentes helenistas.

La comunicación de atributos en la persona del Dios-hombre, Jesús

La Biblia enseña que las dos naturalezas de Cristo retuvieron su esencia y propiedades después de su unión en la persona de Cristo. Las dos naturalezas no se mezclaron para convertirse en una nueva substancia; tampoco fueron separadas de modo que no tuvieran comunión una con otra. La Biblia nos dice que en la persona del Dios hombre, Jesús, había coparticipación de atributos. Por atributos, queremos decir no solo lo que son la naturaleza divina y la naturaleza humana, como eterna y temporal, sino también todo lo que hacen o experimentan las dos naturalezas.

Respecto de esta coparticipación de atributos, la Fórmula de Concordia declara:

Ya que las dos naturalezas están unidas personalmente, esto es, en una sola persona: creemos, enseñamos, y confesamos, que esta unión no constituye un enlace o conexión en el sentido de que personalmente, o sea, en virtud de esa unión personal, ninguna de las dos naturalezas tenga algo en común con la otra, como cuando dos tablas están unidas con cola sin que la una le comunique o le quite nada a la otra. Antes bien, aquí tenemos la comunión suprema, comunión que Dios realmente tiene con el hombre, y de esta unión personal y de la comunión suprema e inefable que de ella resulta, emana todo lo humano que se puede enumerar y creer acerca de Dios, y todo lo divino que se puede enumerar y creer acerca de Cristo como hombre. Los antiguos Padres de la iglesia explicaron esta unión y comunión de las dos naturalezas mediante la ilustración del hierro candente y también mediante la unión de cuerpo y del alma en el hombre.

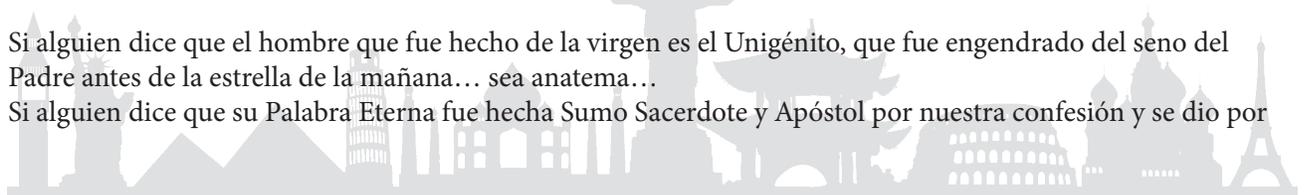
Por lo mismo, también: creemos, enseñamos, y confesamos, que no fue un mero hombre el que por nosotros: padeció, murió, fue sepultado, descendió a los infiernos, resucitó de entre los muertos, subió a los cielos, y fue elevado a la majestad y al poder del Dios omnipotente, sino un hombre cuya naturaleza humana tiene con el Hijo de Dios una unión y comunión tan profunda e inefable que se ha hecho una sola persona en él (FC Ep. VIII: 9,13).

Al considerar todo el asunto de la comunicación de atributos en Cristo, es importante entender el escenario histórico en que algunos rechazaron esta doctrina. También es importante entender la terminología que la iglesia estableció para refutar los errores que negaban la comunicación de los atributos en Cristo.

Comenzamos el estudio en la iglesia primitiva, con el error de Nestorio en el siglo 5. Nestorio, que fue patriarca de Alejandría en 428, dividió efectivamente a Jesús en dos seres; opinaba que las naturalezas humana y divina en Cristo eran como dos tablas pegadas. Enseñaba que algunas de las cosas que se dicen de Jesús se aplican a solo a una naturaleza y no a la persona. Por ejemplo, Nestorio decía:

Si alguien dice que el hombre que fue hecho de la virgen es el Unigénito, que fue engendrado del seno del Padre antes de la estrella de la mañana... sea anatema...

Si alguien dice que su Palabra Eterna fue hecha Sumo Sacerdote y Apóstol por nuestra confesión y se dio por



nosotros, y no dice que Emmanuel es el Apóstol... y así no le da a Dios lo que es Dios y al hombre lo que es del hombre, sea anatema”⁷

El gran peligro de esta enseñanza era que decía que solo la naturaleza humana de Jesús murió por nosotros. Un simple hombre no puede expiar por todo el mundo. Y si Dios no está en la balanza de la justicia divina, estamos perdidos. La enseñanza de Nestorio fue condenada por el Concilio de Éfeso en el año 431. Nestorio murió en el exilio.

Ulrico Zwinglio (1484-1531) revivió el error de Nestorio; a Zwinglio se le ha llamado el “Nestorio resucitado”; él también separó la naturaleza divina de Cristo de sus sufrimientos y muerte, diciendo que el sufrimiento ocurrió solo en la naturaleza humana de Cristo. ¿Qué hizo Zwinglio con los pasajes que le atribuyen a toda la persona de Cristo el sufrimiento y la muerte? Los explicó afirmando que son una figura del lenguaje; afirmó que esa figura del lenguaje (la *alloéosis* en griego) exige la sustitución de sujeto para concordar con el predicado; si el predicado habla del sufrimiento y la muerte de Cristo, debemos cambiar el sujeto (sea Cristo, el Hijo de Dios, el Hijo del Hombre) para referirse solo a la naturaleza humana de Cristo. Nuestras confesiones luteranas hablan de la reacción de Lutero “refutando la blasfema ‘alloéosis’ de Zwinglio, quien había enseñado que una naturaleza debe tomarse y entenderse por la otra, enseñanza que Lutero condenó a lo más hondo del infierno por tratarse de un artificio del diablo” (FC DS VIII: 21).

La Fórmula de Concordia cita después a Lutero sobre la enseñanza de Zwinglio:

Zwinglio llama *alloéosis* si se afirma de la divinidad de Cristo algo que corresponde a su naturaleza humana, o viceversa, por ejemplo, en el capítulo 24 de Lucas ¿No era necesario que el Cristo padeciera, y que entrara en su gloria? Cuidate, cuidate, digo de la *alloéosis*; es la máscara del diablo porque construye finalmente un Cristo según el cual yo no quisiera ser un cristiano, es decir, que Cristo no es ni hace más con su pasión y vida que otro simple santo. Pues, si creo que solo la naturaleza humana ha padecido por mí, entonces Cristo es para mí un mal salvador que necesitaría él mismo también un salvador. ¡En breve, es indescriptible lo que el diablo busca con la *alloéosis*!” (FC DS VIII: 39,40).

Zwinglio negaba también que los atributos de la naturaleza divina de Cristo se pudieran compartir con la naturaleza humana. El lema de Zwinglio era “lo finito no es capaz de lo infinito” (*finitum non est capax infiniti* en latín). Con eso quería decir que no se le puede atribuir a la naturaleza humana de Cristo nada que trascienda sus propiedades naturales. Por eso no creía que la naturaleza humana de Cristo pudiera estar presente en todas partes; creía que el cuerpo de Cristo estaba confinado a un lugar del cielo a la diestra de Dios (que es una posición de poder, no una posición de locación). Por lo tanto, Zwinglio creía que las palabras de Cristo en la cena del Señor se deben interpretar como “Esto representa mi cuerpo, esto representa mi sangre”. ¿Qué hizo Zwinglio con los pasajes que le dan atributos divinos a la naturaleza humana de Cristo? Los explicó por medio de la *alloéosis*. Lo que enseñaba Zwinglio sobre la unión de Dios y hombre en Cristo afectaba directamente la doctrina de la redención y la doctrina de la cena del Señor, y no fueron errores de consecuencia menor. No sorprende que Lutero rechazara tan fuertemente la teología racionalista de Zwinglio. Zwinglio murió en 1531 en la batalla de Kappel, pero su enseñanza racionalista continuó en la persona de Juan Calvino.

Juan Calvino (1509 – 1564), fue un francés que se residió en Ginebra, Suiza; continuó la posición de Zwinglio sobre la cena del Señor y la comunicación de atributos en Cristo. Calvino sostenía que después de la ascensión de Cristo, su naturaleza humana fue puesta en el cielo, lejos de la tierra. Así, negó la presencia real del cuerpo y la sangre de Cristo en la cena del Señor. En un documento de 1549 (el Consenso de Zurich), Calvino declaró: “Los repudiamos [a los que estimulan la interpretación literal de las palabras de institución] como intérpretes absurdos... Porque más allá de la controversia, (las palabras de institución) deben tomarse figuradamente... como cuando por metonimia, el nombre de lo simbolizado se transfiere al signo”⁸

Fue Philip Melanchton, colaborador de Lutero, el responsable de tratar de introducir en la Iglesia Luterana las enseñanzas de Zwinglio y de Calvino sobre la persona de Cristo y la cena del Señor. Las declaraciones públicas de Melanchton sobre esos asuntos parecían apoyar las enseñanzas de la Escritura y de Lutero, pero incluso antes de la muerte de Lutero, Melanchton comenzó a tener dudas sobre la presencia real del cuerpo y la sangre de Cristo en el sacramento y comenzó a expresar sus dudas en privado. Como el luteranismo enfrentaba también el empeño de la Iglesia Católica Romana para eliminar la oposición, Melanchton buscó la seguridad mediante alianzas; y estuvo dispuesto a hacer compromisos. En 1540, hizo una serie de cambios (llamados *Variata*) en la Confesión de Augsburgo. Una cosa es hacer cambios antes de adoptar la Confesión, y otra hacerlas unilateralmente después de adoptada. Entre los cambios que hizo Melanchton, con el propósito de hacer más aceptable la Confesión de Augsburgo para Calvino, es muy significativo el del Artículo X sobre la cena del Señor, como sigue:

Redacción original

Respecto a la cena del Señor se enseña que el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo *están realmente presentes* en la cena bajo las especies de pan y vino y que *se distribuyen* y se reciben allí. Por lo tanto, *se rechaza la enseñanza contraria*.

Redacción cambiada

Respecto de la cena del Señor se enseña que con el pan y el vino *se presentan verdaderamente* el cuerpo y la sangre de Cristo a los que participan en la cena del Señor.

Las palabras “*se presentan verdaderamente*” daban lugar a la posición de Calvino de que el cuerpo y la sangre de Cristo estaban simplemente representados por el pan y el vino. Melanchton cayó también en la condenación del error de Calvino. La actitud de Melanchton se propagó a otros luteranos; la “Confesión de Zurich” de Calvino, fue adoptada en: Suiza, Inglaterra, Francia, y Holanda; los reformados trataron de hacer de esta confesión la base de una unión de todos los protestantes. En el sur de Alemania y en la Sajonia Electoral, el calvinismo hizo incursiones entre los luteranos. Las declaraciones de Calvino fueron revestidas de expresiones aparentemente ortodoxas pero que escondían la doctrina calvinista, y muchos luteranos fueron engañados por ellas. Los que siguieron las enseñanzas de Calvino fueron llamados filipistas o cripto (escondidos)-calvinistas. Así, los artículos VII (sobre la cena del Señor) y VIII (sobre la persona de Cristo), estaban enmarcados en la Fórmula de Concordia, su propósito fue dejar al descubierto las engañosas palabras de Calvino, defender la enseñanza bíblica de la presencia real del cuerpo y la sangre de Cristo en la cena del Señor, y defender la enseñanza bíblica sobre la comunión de atributos en la persona de Cristo.

Al estudiar la coparticipación de atributos en las dos naturalezas de Cristo, seguiremos la triple división que usan la Fórmula de Concordia, Artículo VIII, y los posteriores maestros de la doctrina luterana. La división en tres categorías fue iniciada por Martín Chemnitz (1522 – 1586), uno de los redactores de la Fórmula de Concordia (1577). Más tarde, las tres categorías se hicieron bien conocidas por los nombres de *genus idiomático* (la categoría en que los modismos o propiedades de las dos naturalezas se atribuyen a una persona), el *genus mayestático* (categoría en la que la majestad o atributos de la naturaleza divina son compartidos con la naturaleza humana de Cristo), y el *genus apotelesmático* (categoría que trata de los actos de Cristo como nuestro: Profeta, Sacerdote, y Rey, en la que cada naturaleza contribuye con sus propiedades pero con la participación de la otra). La palabra *genus* significa: clase, tipo, o grupo, marcado por características comunes.

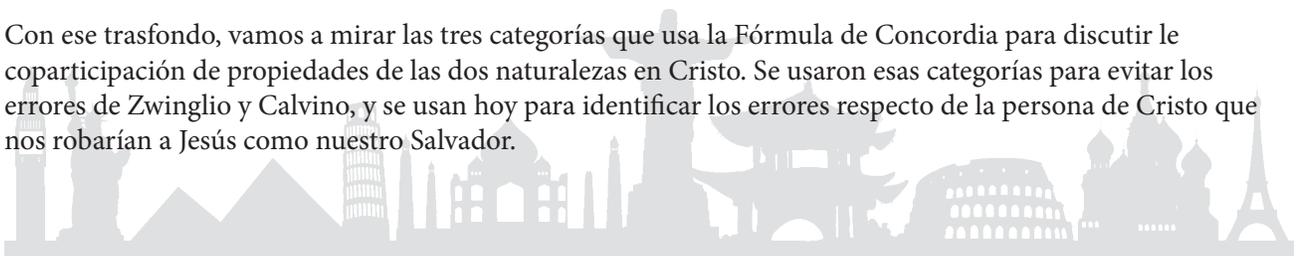
*Verdades bíblicas para recordar
antes de contemplar la comunicación de atributos*

- El Hijo de Dios es una persona separada, distinta, de la Trinidad. Es Dios desde la eternidad. El Hijo de Dios existió antes de hacerse carne.



- A su tiempo (Gl. 4:4), el Hijo de Dios asumió en su divina persona la verdadera naturaleza humana. No hay dos personas o dos Cristos, sino una persona, que es Dios, engendrado del Padre desde la eternidad, y hombre, nacido de la virgen María.
- En esa única, indivisa persona, hay dos naturalezas distintas; la naturaleza divina, que existe desde la eternidad y la naturaleza humana asumida a su tiempo en la divina persona del Hijo de Dios.
- Esas naturalezas nunca se separarán (Nestorio, Zwinglio, Calvino), ni se mezclarán, ni se intercambiarán (Eutiques). La unión de Dios y hombre en una persona perdurará por siempre.
- Cada naturaleza retiene sus propiedades naturales y nunca las abandonará.
- Las propiedades esenciales de una naturaleza no se convierten en las propiedades esenciales de la otra. Las propiedades esenciales de la naturaleza divina nunca se convertirán en las propiedades esenciales de la naturaleza humana. En otras palabras, la humanidad nunca se convertirá en deidad; las propiedades esenciales de la naturaleza humana nunca se convertirán en las propiedades esenciales de la naturaleza divina. En otras palabras, la naturaleza divina nunca se convertirá en naturaleza humana.
- Desde la concepción de Cristo (cuando asumió verdadera naturaleza humana en su naturaleza divina), ninguna naturaleza subsiste en sí misma, sino constituye una persona. Sin la deidad o la humanidad de Cristo, la persona de Cristo no es completa. Cristo no es dos personas diferentes sino un Cristo.
- La naturaleza humana de Cristo no solo posee sus propiedades personales, sino que por medio de la unión personal comparte las facultades de la naturaleza divina; Cristo recibió esas facultades en el momento de su concepción. Cristo sentado a la diestra de Dios no ocupa un lugar físico en el cielo, sino que comparte el omnipotente poder de Dios con la naturaleza humana de Cristo. Así, Cristo puede estar presente en todas partes, incluso según su naturaleza humana; está presente con su cuerpo y su sangre en la cena del Señor dondequiera que se celebre.
- Las naturalezas, divina y humana, de Cristo están tan unidas que toda la plenitud de la divinidad habita en forma corporal en él (Col. 2:9).
- La unión personal en Cristo no es como la de dos tablas pegadas (Nestorio). Hay verdadera comunión entre ellas—no por mezclar las dos naturalezas en una nueva—sino que están unidas en una persona.
- María no concibió un ser humano común sino un ser humano que es verdaderamente el Hijo de Dios.
- Hay intercambio de propiedades entre las dos naturalezas, sin mezcla y sin igualación de las dos naturalezas. La naturaleza divina permanece divina; cuando las propiedades de la naturaleza divina se comparten con la naturaleza humana, no es como si las propiedades de la naturaleza divina fueran vertidas sobre la naturaleza humana, como cuando una persona vierte agua de un recipiente a otro; un recipiente se vacía cuando llena el otro. La naturaleza divina de ninguna manera disminuye al compartir sus propiedades con la naturaleza humana.

Con ese trasfondo, vamos a mirar las tres categorías que usa la Fórmula de Concordia para discutir la coparticipación de propiedades de las dos naturalezas en Cristo. Se usaron esas categorías para evitar los errores de Zwinglio y Calvino, y se usan hoy para identificar los errores respecto de la persona de Cristo que nos robarían a Jesús como nuestro Salvador.



El genus idiomático

Se puede decir de una persona, que tiene 30 o 40 años de edad. Si la persona es una, eso excluye las otras. Pero, de Jesús se puede decir que es eterno (Jn. 8:58) y de 30 años de edad (Lc. 3:23). El ser eterno le pertenece a la naturaleza divina; el tener 30 años de edad le pertenece a la naturaleza humana. De la misma persona se puede decir que tiene 30 años y que es eterna, porque Jesús es Dios y hombre en una persona. Por eso, se pueden hacer afirmaciones contrarias sobre Jesús. Su naturaleza divina tiene propiedades como: omnipotencia, eternidad, infinitud, y omnisciencia, y permanecen como las propiedades de la naturaleza divina. Su naturaleza humana tiene las propiedades de ser corporal, carne y sangre, finita, capaz de sufrir, de padecer hambre, sed, frío y calor; esas permanecen como las propiedades de la naturaleza humana. Pero, de la misma persona se puede decir que tiene las dos listas de propiedades, porque Cristo es Dios y hombre en una persona. Entonces, podemos definir el genus idiomático así: Porque las naturalezas divina y humana de Cristo constituyen una persona, los atributos que le pertenecen esencialmente a una naturaleza se le adscriben siempre a toda la persona, pero los atributos divinos según la naturaleza divina y los atributos humanos según la naturaleza humana (cf. la definición que se da en la Fórmula de Concordia, DS VIII: 36).

En lo que sigue, note los atributos de las naturalezas divina y humana que se adscriben a Jesús porque es Dios y hombre en la misma persona. Jesús es inmutable (Heb. 13:8) y mutable (Lc. 2:7); eterno (Jn. 8:58) y de 30 años de edad (Lc. 3:23); el Hijo de Dios (G. 4:4) y el hijo de María (Lc. 2:7); omnisciente (Jn. 21:17) y limitado en conocimiento (Mc. 13:32); todopoderoso (Mc. 4:39) y de limitado poder (Jn. 18:12); el Hijo de Dios (Ro. 1:4) y descendiente de los patriarcas (Ro. 9:5); igual al Padre (Jn. 10:30) y menor que el Padre (Jn. 14:28). La Biblia habla siempre de una persona, no de dos personas.

¿A quién dio a luz María? El ángel le dijo: “Quedarás encinta y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Él será un gran hombre, y lo llamarán Hijo de Altísimo” (Lc. 1:31-32). Así, la Fórmula de Concordia declara: “Por esta razón: creemos, enseñamos, y confesamos, que la virgen María concibió y dio a luz no a un mero y simple hombre, sino al verdadero Hijo de Dios; y por esto se le llama también con toda razón ‘madre de Dios’ [en griego, *theótocos*, la portadora de Dios], y en efecto lo es”. (FC Ep VIII: 12).

El niño que dio a luz María tenía naturaleza humana, pero también era verdadero Dios. María no dio a luz a un simple ser humano, dio a luz a un niño que era Dios y hombre en una persona.

El genus mayestático

¿Retienen las dos naturalezas en Cristo solo sus propiedades naturales? Nestorio, Zwinglio, Calvino, y sus seguidores, decían que la naturaleza humana de Cristo tiene solo sus propiedades naturales y nada que contradijera esas propiedades naturales se le podía atribuir a su naturaleza humana. Pero esa enseñanza contradice el claro testimonio de la Escritura. En primer lugar, la Escritura dice que nada se añadió o se sustrajo de la naturaleza divina de Cristo por su venida en carne. Santiago dice que Dios no cambia (Stg. 1:17). Entonces, la naturaleza divina no recibió nada ni perdió nada por causa de la unión personal.

Sin embargo, la naturaleza humana fue receptora de propiedades divinas por virtud de la unión personal. Además de sus propiedades esenciales, la naturaleza humana recibió de la naturaleza humana prerrogativas y privilegios celestiales especiales, sobrenaturales, como: majestad, poder, y gloria. No son simples dones espirituales dados a Cristo, como reciben dones espirituales otros creyentes; ese fue el argumento de los sacramentarios del siglo 16, que negaban que la naturaleza humana de Cristo pudiera estar presente en la cena del Señor; ellos básicamente trataban de determinar lo que podía o no podía hacer Cristo según su naturaleza humana. Como establece la Fórmula de Concordia, nadie puede saber mejor o más a fondo que el Señor Cristo mismo... de qué es capaz su asumida naturaleza humana (FC DS VIII: 53). Él nos ha dicho en la Escritura qué

facultades tiene su naturaleza humana.

Es verdad que la naturaleza humana de Cristo posee todos los dones creados, como los que recibimos. Pero nuestros dones no están a la altura de los dones dados a la naturaleza humana de Cristo por la naturaleza divina. Esos dones son muy superiores a cualquier don dado a un santo o a un ángel. Los siguientes son dones que Jesús nos dice que recibió su naturaleza humana de la naturaleza divina:

- la facultad de dar vida (Jn. 5:21,26)
- la autoridad para juzgar (Jn. 5:22,27)
- toda autoridad en el cielo y en la tierra (Mt. 28:18)
- todas las cosas han sido puestas en sus manos (Jn. 3:35)
- autoridad, gloria, soberano poder, y adoración (Dn. 7:14)
- todas las cosas le han sido entregadas (Mt. 11:27)
- Dios sometió todas las cosas a su dominio y lo dio como cabeza de todo a la iglesia (Ef. 1:22)
- todas las cosas han sido puestas bajo sus pies (Heb. 2:8; 1 Co. 15:27)

Debe notarse que las propiedades comunicadas a la naturaleza humana fueron propiedades operativas, que implican acciones como: omnisciencia, omnipotencia, y omnipresencia. Atributos como la eternidad y la infinitud no le fueron comunicados a la naturaleza humana. La naturaleza humana fue asumida en la divina persona del hijo de Dios, también la finita naturaleza humana, aunque esta recibió de la naturaleza divina poderes ilimitados.

Esta comunicación de propiedades entre la naturaleza divina y humana de Cristo no es asunto de simples palabras o figuras del lenguaje, como afirman los reformados; la Fórmula de Concordia señala las tres razones para que esto sea así.

1. Lo que Cristo recibió en el tiempo, lo recibió, no según la naturaleza divina, sino que la persona lo recibió en el tiempo, según la naturaleza humana que asumió (FC DS VIII:57).
2. La Escritura afirma claramente que el poder de dar vida y la autoridad de hacer juicio, le fueron dados a Cristo por cuanto es el Hijo del Hombre y en cuanto tiene carne y sangre (FC DS VIII: 58).
3. La Escritura apunta expresamente a que “la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado” (1 Jn. 1:7). En la justificación nos limpia de todos los pecados no solo la naturaleza divina de Cristo sino también su sangre de un modo eficaz (FC DS VIII: 59).

Las dos naturalezas en Cristo están unidas en una persona, por eso no están mezcladas ni cambiadas a la otra naturaleza. Cada naturaleza retiene sus propiedades naturales, de modo que las propiedades de una naturaleza no se convierten en las propiedades de la otra. Así, los divinos: poder, vida, majestad, y Gloria, no le fueron dados a la naturaleza humana de Cristo de la misma manera que Dios el Padre comunicó desde la eternidad su propia esencia y propiedades divinas al Hijo para que sea de una esencia con el Padre e igual al Padre. Según su asumida naturaleza humana, Cristo es, como confesamos en el Credo Atanasiano, “menor que el Padre según

la humanidad” (CM pág.20). Por eso, Pablo puede decir que “el Hijo mismo se someterá a aquel que le sometió todo, para que Dios sea todo en todos” (1 Co. 15:28).

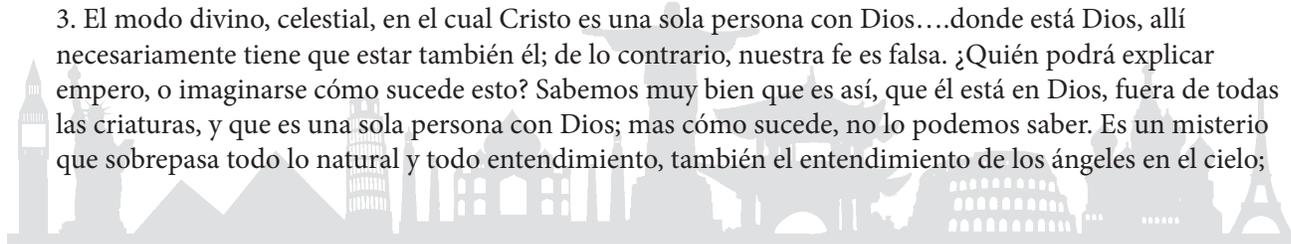
La naturaleza humana de Cristo no tiene las propiedades de la naturaleza divina, aparte de la naturaleza divina en la unión personal. La naturaleza humana no se ha transformado en naturaleza divina, de modo que ya no tenga sus propiedades personales. Toda la plenitud de la divinidad habita en forma corporal en Cristo (Col. 2:9). En, con, y por, la naturaleza humana, Cristo ejerce sus poderes divinos. Así hay en Cristo una sola: omnipotencia, poder, majestad y gloria, que es propiedad solo de la naturaleza divina.

Cuando la naturaleza divina comparte sus facultades con la naturaleza humana, no se disminuyen sus propias facultades, sino que esas facultades divinas brillan por la naturaleza humana; se ejercen: en, con, y por medio, de la asumida naturaleza humana de Cristo. Los atributos divinos le son adscritos a la naturaleza humana por vía de la comunicación. Así, la Biblia le atribuye a Cristo omnisciencia; hay un doble conocimiento en Cristo, posee un conocimiento infinito por el cual sabe todas las cosas, es el conocimiento que tiene como Dios; ese conocimiento le ha sido comunicado a la naturaleza humana de Cristo (Col. 2:3). Al mismo tiempo, la naturaleza humana de Cristo tenía un conocimiento capaz de crecer (Lc. 2:53). Jesús usó la omnisciencia comunicada cuando fue necesario para su obra.

La Biblia también le adscribe a la naturaleza humana de Cristo el omnipotente poder que tiene la naturaleza divina. Jesús pudo hacer milagros no como representante de Dios, como los hicieron los profetas y los apóstoles, sino que pudo hacer milagros por virtud de su propio poder. Al mismo tiempo, Jesús tenía el limitado poder de la naturaleza humana. Jesús no siempre ejerció el poder comunicado durante su estancia en la tierra; se abstuvo de hacerlo, en el interés de asegurar nuestra salvación.

La Biblia dice también que Jesús tiene tres modos distintos de estar en un lugar; la Fórmula de Concordia habla de esos tres modos de la presencia de Cristo, de esta manera:

1. El modo inteligible, corporal, tal como Cristo andaba sobre esta tierra corporalmente, cediendo y ocupando espacio de acuerdo con su estatura. Este modo lo puede usar aun ahora, si así le place, como lo hizo después de la resurrección y lo hará nuevamente en el Postrer Día, como dice San Pablo en 1 Timoteo 6:15: “La cual se mostrará el bienaventurado y Soberano, Rey de Reyes y Señor de Señores”, y en Colosenses 3:4: “Cuando Cristo vuestra vida, se manifieste”. En modo tal él no está en Dios ni con el Padre ni en los cielos, como sueñan aquellos espíritus insanos, puesto que Dios no es un espacio o un lugar corporal. Y a este modo de ser corporal aluden los textos bíblicos que hablan de que Cristo deja el mundo y va al Padre.
2. El modo ininteligible, espiritual, en que no ocupa o cede espacio, sino que penetra a través de toda cosa creada, a su entera voluntad, así como mi vista—para usar un ejemplo aproximado—penetra y está en el aire, en la luz o en el agua, sin ocupar ni ceder espacio; o así como el sonido atraviesa el aire o el agua o una tabla o un muro; y está en ellos, sin ocupar ni ceder espacio; o como la luz y el calor atraviesan: el aire, el agua, vidrio, cristal, y están en ellos, sin que tampoco ocupen ni cedan espacio; y así podríamos citar muchísimos ejemplos más. Ese modo de ser lo usó Jesús al salir del sepulcro cerrado y sellado, al ir a sus discípulos estando las puertas cerradas, así está en el pan y vino de la santa cena, y así creen que nació de su madre, la santísima virgen María, etc.
3. El modo divino, celestial, en el cual Cristo es una sola persona con Dios...donde está Dios, allí necesariamente tiene que estar también él; de lo contrario, nuestra fe es falsa. ¿Quién podrá explicar empero, o imaginarse cómo sucede esto? Sabemos muy bien que es así, que él está en Dios, fuera de todas las criaturas, y que es una sola persona con Dios; mas cómo sucede, no lo podemos saber. Es un misterio que sobrepasa todo lo natural y todo entendimiento, también el entendimiento de los ángeles en el cielo;



solo Dios lo conoce y comprende. (FC DS VII: 99-102)

Es según este tercer modo de presencia que Jesús puede decir: “donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18:20). Toda la persona de Jesús está con nosotros dondequiera que vamos.

La Biblia también nos dice que Jesús merece honor divino (Jn. 5:20-23; Fil. 2:9-11; Ap. 5:9,10). Como Dios y hombre están unidos en una persona, y como la unión personal nunca cesará, no le dirigimos nuestra adoración solo a la naturaleza divina de Cristo, sino que adoramos: la persona, el Dios hombre, Jesucristo, nuestro Redentor y Salvador.

Juan el Bautista dijo de Cristo: “Dios mismo le da su Espíritu sin restricción” (Jn. 3:34). El Espíritu Santo les da sus dones a los creyentes de manera limitada (1 Co. 12:11,30), pero Dios le dio el Espíritu a Cristo según su humana naturaleza de modo tal que Jesús recibió los dones del Espíritu sin medida (Is. 11:2; Jn. 3:34). Pero esos dones, dados por el Espíritu, no eran iguales a los dones dados por la naturaleza divina de Cristo a su naturaleza humana. Como la naturaleza humana está unida con el Hijo de Dios, los poderes divinos pueden obrar: en, con, y por medio, de la naturaleza humana de Cristo. Por la unión personal y las propiedades comunicadas de la naturaleza divina a la naturaleza humana, las cosas que trascienden o son contrarias a los poderes naturales de la carne humana, se le atribuyen a la naturaleza divina de Cristo (Mt. 18:20; 28:20).

¿Por qué es tan importante esta enseñanza? Dejemos que la Fórmula de Concordia responda la pregunta:

Por lo tanto, consideramos un error pernicioso el intento de privar de esta majestad a Cristo según su humanidad, pues con esto se les quita a los cristianos su más sublime consuelo que les viene de la antes mencionada promesa acerca de la presencia y morada con ellos de su: Cabeza, Rey, y Sacerdote, el cual les prometió que estaría con ellos no solo su mera divinidad, que para nosotros pobres pecadores es como un fuego devorador para el rastrojo seco, sino que él, el hombre que habló con ellos, que en su asumida naturaleza humana experimentó toda suerte de tribulaciones, que por lo tanto también puede tener compasión de nosotros como hombres y hermanos suyos—que él estaría con nosotros en todas nuestras angustias, también según la naturaleza conforme a la cual él es nuestro hermano y nosotros, carne de su carne (FC DS VIII: 87).

El genus apotelesmático

La Fórmula de Concordia define esta categoría como sigue: “En lo concerniente al ejercicio de su oficio por parte de Cristo, la verdad es la siguiente: La persona actúa y opera no: en, con, mediante, o según, una naturaleza sola, sino: en, según, con, y mediante, ambas naturalezas, o como lo expresa el Concilio de Calcedonia: Una naturaleza obra en comunión con la otra lo que es propiedad individual de cada una” (FC DS VIII: 46).

Para realizar su obra como nuestro: Profeta, Sacerdote, y Rey, cada naturaleza en Cristo contribuyó con su propia obra según sus propiedades personales; pero, en todos los actos oficiales de Cristo, la otra naturaleza participó. Para someterse a la ley, Jesús tenía que ser verdadero hombre; para someterse por todos, tenía que ser Dios. Para sufrir y morir por los pecados del mundo, Jesús tenía que ser hombre; para que su sufrimiento y muerte fueran suficientes para todos, tenía que ser Dios. La vida y muerte de un solo hombre no es suficiente para expiar los pecados de todos.

La Fórmula de Concordia cita a Lutero a este efecto:

“Esto hemos de saberlo los cristianos: Cuando Dios no está en la balanza para hacer peso, nos hundimos con nuestro platillo. Con esto quiero decir lo siguiente: Si no es verdad la afirmación de que Dios murió por nosotros, sino solo un hombre, estamos perdidos. Mas si la muerte de Dios y Dios muerto está en el platillo,

éste baja y nosotros subimos como un platillo liviano y vacío. Mas él puede volver a subir o saltar de su platillo. Pero no podría estar en el platillo a menos que se hiciera un hombre igual a nosotros, de modo que se pueda afirmar que Dios murió, y hablar de: la pasión de Dios, su sangre, y su muerte. Pues Dios en su naturaleza no puede morir, pero estando unidos Dios y hombre en una sola persona, bien puede hablarse de la muerte de Dios cuando muere el hombre que con Dios es una sola cosa o persona”. Hasta aquí llega la cita de Lutero. De ella se desprende que es un error decir o escribir que las locuciones precedentes (Dios padeció, Dios murió) sean simples palabras (*praedicatio verbalis*) que no expresan una realidad concreta. Pues el Credo Apostólico que confesamos es prueba de que el Hijo de Dios, hecho hombre, padeció y murió por nosotros y nos redimió con su sangre. (FC DS VIII: 44,45)

Por lo tanto, cantamos en uno de nuestros himnos de Cuaresma, “¡Oh terrible sentimiento! ¡Dios el hijo ha muerto!” (CW 137:2). Dios no puede padecer ni morir, pero por virtud de la unión personal, Dios el Hijo padeció y murió. Este es un misterio que va más allá de toda comprensión. ¡Dios abandonado por Dios en la Cruz! ¿Cómo puede ocurrir? Pero ocurrió. Como Dios mismo nos lo dice en su Santa Palabra. Entonces porque ocurrió, tenemos la seguridad de nuestro perdón y de la vida eterna con nuestro Señor en el cielo.

Notas finales

¹Citado por Justo Gonzalez, *The Story of Christianity*, Vol. 1 (San Francisco: Harper, 1984), pág.253.

²Los cinco términos usados en los cinco puntos como se registran en William Baird, *The Quest of the Christ of Faith* (Waco, TX: Word Books, 1977), págs. 157, 158.

³Baird, *The Quest of the Christ of Faith*, pág. 15.

⁴Baird, *The Quest of the Christ of Faith*, págs. 104,105.

⁵Cifra originada en la obra *Five Gospels*, reportada por Gary Habermas, *The Historical Jesus* (Joplin, MO: College Press, 1996), pág.122.

⁶Tomado del sitio Web Jesus Seminar, <http://westarinstitute.org>.

⁷Citado por Pieper, *Christian Dogmatics*, Vol. 2, pág.136.

⁸Citado por F. Bente, “Historical Introductions to the Symbolical Books,” *Concordia Triglotta: The Symbolical Books of the Ev. Lutheran Church* (St. Louis: Concordia Publishing House, 1921), pág.175.

